

A Su Eminencia Paulo Evaristo Cardinal Arns.

Eminencia:

...somos un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres...

Al pueblo de Dios en Cuba ya casi nada le asombra. Por décadas hemos vivido nuestra fe bajo la persecución, la marginación, el maltrato, etc. Hemos visto, no sin que muchos sufran la cárcel, el destierro y hasta derramen su sangre, como se impone la desecristianización de nuestra sociedad y nuestra cultura por parte del Estado, valiéndose de la mentira y de todas las formas de represión, con el propósito de aniquilar espiritualmente al hombre para esclavizarlo.

El pueblo de Cuba, pueblo de Dios, no tiene voz; quizás por eso tantos abusen de esa desventaja. Este es el caso de Frei Betto, que viene aquí con frecuencia, no a las casas del pueblo sino a los palacios, y después escribe libros y posa para las cámaras desvirtuando nuestra realidad, hablándose de nuestro drama.

Muchos son los que van y vienen apoyando o brindando tributo al régimen instalado en Cuba. Lo mismo puede verse a un laureado con el premio Nobel, o con un Oscar; que a un noble, un ministro, "luchadores por los derechos civiles", dignatarios religiosos, muchos presidentes de naciones, cuasi-poetas famosos, millonarios, ~~terroristas~~ profesionales, traficantes de mentiras, mercaderes de dolor humano, y todo tipo de personajes que juntos forman un gran coro de despotismo que no pasa inadvertido para nuestro pueblo, que conoce el daño que hacen no solo a nosotros, sino a toda Latinoamérica.

Pero tratándose de Usted, Cardenal y Pastor, defensor de los pobres, nos alarma, mucho más a estas horas. Usted es un hombre de Dios, un hombre bueno. ¿Qué le han hecho pensar sobre la realidad cubana? Nuestra esperanza es que algún día venga usted a Cuba y se encuentre no solo con los hombres que tienen el poder, sino también con el pueblo. Siendo usted un corazón sensible descubrirá en este último al gran marginado, al gran oprimido; también el gran olvidado, el que siempre se olvida en las denuncias de los escrupulosos monocromáticos. ¿Acaso el aroma de la mentira empalaga también a los santos y el opio del terror silencia hasta a los profetas?

Sin embargo, "la piedra que desecharon los arquitectos es la piedra angular", siendo así que el pueblo es el preilecto de Dios, y no los poderosos. Ahora recuerdo el "Magnificat".

Si bien hay injusticias en su país que son producidas por grupos de poder de signo contrario al que las genera en el nuestro, también es verdad que ambos pueblos tienen una misma esperanza de justicia, democracia y libertad. Grave error sería identificar cualquiera de las formas de opresión con la realización de esa esperanza.

No aceptamos el fatalismo de que hay que suprimir unos derechos para lograr otros, pues a la larga se pierden todos; ni tampoco el de la solución "menos mala."

Los cristianos creemos en la "civilización del amor" y cada pueblo tiene su estilo para llegar a esa meta. Es hora de que los pobres de nuestros pueblos y nues-